

La escuela no puede vivir de espaldas a la fuerte presencia que el lenguaje de la imagen tiene en nuestra sociedad, ni tampoco ignorar los orígenes de la misma ya que los mismos marcan el camino idóneo de la educación de nuestros/as alumnos/as en la cultura de la imagen.

La influencia que la imagen tiene en los ámbitos de desarrollo de los/las niños/as de esta etapa es muy alta, requiere del profesorado de esta etapa el conocimiento de los diversos recursos y medios audiovisuales, así como el uso adecuado de los mismos y de manera especial en el proceso de lectura e interpretación de imágenes.

Es importante no olvidar que existen recursos expresivos de diferentes ámbitos y épocas que permiten un planteamiento didáctico muy compatible con las exigencias curriculares de la etapa educativa en la que nos encontremos. ●

#### Bibliografía

- Aparici y Matilla (1989). Lectura de imágenes. Madrid: Ed. De la Torre.
- Flores Muñón, J.C. (1992). El cine otro medio didáctico. Madrid : Ed. Escuela Española.
- Ibáñez Sandín, C.(1993). Proyecto de Educación infantil y su práctica en el aula. Madrid: Ed. La Muralla.
- VV.AA. (1992). La educación Infantil de 0 a 6 años. Barcelona: Ed. Paidotribo.
- VV.AA. (1996). Didáctica de las nuevas tecnologías en la educación. Madrid. Ed. Escuela española.

## Educación y Budismo II: la iniciación en el conocimiento

**Título:** Educación y Budismo II: la iniciación en el conocimiento. **Target:** Profesores de Primaria, Secundaria, Bachillerato. **Asignatura:** Ciencias de la Educación. **Autor:** María Dolores Vargas Porras, Licenciada en Filología Hispánica.

*Un predicador subió un día a un púlpito y preguntó a los oyentes si sabían de qué quería hablarles. Al recibir una respuesta negativa declaró que, no viéndole utilidad a su discurso, se iba a marchar. Y eso hizo. la segunda vez, hizo la misma pregunta y, siendo la respuesta afirmativa, replicó que entonces el sermón era perfectamente inútil. Pero la tercera vez los oyentes se habían preparado bien para la pregunta habitual y respondieron: “¡Algunos de nosotros lo saben, pero otros no!”. Entonces les replicó: “¡Perfecto, que aquellos que lo saben se lo digan a aquellos que no lo saben!”.*

*Lin Yutang*

**C**lase de Matemáticas. El 4º curso de la ESO ha sido informado de que su profesor será reemplazado durante unos días por un maestro budista, llegado directamente desde el Tíbet. Los alumnos esperan impacientes su entrada en clase, que se produce finalmente entre murmullos y risas por lo bajo. Cuando contemplan la vestimenta del tibetano, típica de su cultura, las risas se hacen más sonoras. El maestro budista, indiferente a la indisciplina que se respira en aquel aula, se dispone a impartir la clase siguiendo las directrices de que le han provisto en secretaría.

Escribe números en la pizarra, ecuaciones y símbolos matemáticos, a la vez que se percata de la falta de atención por parte de algunos alumnos, especialmente, de uno que se sienta al fondo de la clase y no cesa de molestar al compañero de delante. Le está tirando bolitas de papel y trozos de goma recién arrancados, hasta que acaba dándole una colleja porque sus anteriores fechorías no han surtido ningún efecto sobre el compañero. Iracundo, éste se vuelve tras un tiempo considerable de paciencia y agarra al alborotador por la camisa con intención de lanzarle un puñetazo a la cara, todavía medio sonriente y divertida. En ese instante, el maestro deja la tiza, se da la vuelta y observa el panorama en silencio. Todos los alumnos contienen la respiración; están a punto de asistir a un espectáculo que no se pueden perder. El puño del chico, fuertemente cerrado y decisivo, se mantiene en suspenso durante unos segundos en el aire. No es consciente de que toda la clase se ha paralizado y tiene la atención puesta en él y en su próximo movimiento; él sólo es consciente de sí mismo. El otro cierra los ojos, seguro del inminente golpe y a la espera de que el maestro budista intervenga y castigue a ese alumno agresivo que acaba de interrumpir la clase y que está al límite de cometer una falta grave: agredir a un compañero, por lo que debe ser expulsado del centro.

Pero el maestro, lejos de interponerse, continúa en silencio, inmóvil. Sus rasgados ojos examinan la situación, sopesando el comportamiento del chico. El tiempo parece detenerse por un momento hasta que el alumno baja por fin la mano y suelta al compañero, sin llegar a producirse el percance. El maestro prosigue la clase. Ahora todos están en silencio.

Al día siguiente, el alumno impertinente y el maestro budista se cruzan por los pasillos del instituto. “¿Por qué no actuó ayer ante la posibilidad de que me golpearan?”, le pregunta el joven. El maestro le responde con serenidad: “sí que actué”. El chico, confuso, le vuelve a preguntar: “¿qué hubiera pasado si me llega a pegar?”. “No iba a pegarte”, le responde. “¿Y usted cómo lo sabía?”, le pregunta finalmente el alumno, indignado ante tanta tranquilidad. El otro le contesta: “no era yo quién lo sabía, sino él mismo”. Y continúa su camino por el pasillo, esperando haberle enseñado algo más que una mera lección de Matemáticas.

## **EL PAPEL DEL PROFESOR EN EL CAMINO HACIA EL APRENDIZAJE**

Tras esta anécdota introductoria, se pueden extraer varios puntos primordiales en lo que respecta al proceso del aprendizaje y a las relaciones entre maestro y alumnos, fundamentales para llevar a cabo la labor docente y para forjar el desarrollo intelectual y humano del estudiante. Así, hemos podido observar la falta de respeto (entre alumnos y maestro, por un lado, y entre los propios alumnos, por otro) y la posición estratégica del maestro oriental, que aparece reseñado esencialmente como guía espiritual más que como simple educador. Pero llama especialmente la atención una cosa: existe una línea de transmisión de conocimientos de maestro a alumno en la cultura oriental que no tiene parangón en la occidental. Vayamos por partes.

Procedente de Oriente, el maestro budista trata de adaptarse al sistema educativo occidental, por lo que se dispone a impartir la clase atendiendo a los contenidos propios de la materia y del ciclo educativo, así como a las normas internas del centro. Sin embargo, sus enseñanzas, nacidas en el seno de la disciplina budista, se extienden más allá de los contenidos reflejados en el libro de Matemáticas, de manera que tenderá naturalmente a imponerlas por encima de ningún otro precepto. Estamos hablando de los principios básicos de la tradición budista, íntegros en la educación de estudiantes en un sentido estrictamente académico. El Budismo, entendido fundamentalmente como disciplina (despojada de todo ropaje religioso) que apunta hacia la formación humana y el autoconocimiento por el camino del aprendizaje y de la práctica educacional, se basa en el equilibrio armonioso de dos conceptos esenciales: compasión y sabiduría. Esta sabiduría no se traduce igual que en Occidente, puesto que su sentido primario se refiere al entendimiento de la raíz del sufrimiento humano, más que a la adquisición de conocimientos. Y de este entendimiento emana el sentimiento de compasión, permitiendo que aflore la bondad innata que, según las enseñanzas budistas, todos llevamos dentro y nos interrelaciona a unos con otros. Esto supone un factor esencial para el desarrollo humano, en tanto que enfoca la evolución personal por el camino de la tolerancia y el respeto hacia los demás. Saber transmitir estos conocimientos es la mayor obligación que concierne a un maestro budista, y no hay nada máspreciado que el hecho de que un maestro tenga la capacidad de poder enseñar esto.

Llegados a este punto, podemos señalar la importante confluencia de la Educación con el Budismo, que se verá reflejada en varios aspectos de la enseñanza y de la vida del estudiante, al tiempo que, por el camino, veremos diferencias trascendentales respecto al sistema educativo occidental, que giran fundamentalmente sobre tres ejes principales:

1. La relación del alumno con las instituciones y la sociedad, que le obliga a someterse a las normas del sistema educativo.
2. La relación del alumno con el método y la metodología a la que se ve sometido.
3. La relación del alumno con el profesor y el resto de la clase.

Tanto en Oriente como en Occidente, en cualquier tipo de cultura o forma de vida humana, la disciplina de un alumno empieza desde el útero materno, donde el feto aprende a distinguir entre el ruido y la ausencia del mismo, percibiendo frecuencias de sonido. En la etapa del balbuceo, entrena los órganos de fonación y el sistema de audición, y en la infancia el niño aprende lecciones que jamás olvidará: aprende a hablar, a caminar, a distinguir la alegría del dolor...En la etapa estudiantil, la adquisición de conocimientos llega de manos de los profesores, sin embargo, sus enseñanzas no son tan vitales como las de los primeros años de vida, de manera que el alumno tenderá inconscientemente a relacionar los conceptos de educación y obligación, siendo la obligación escolar un especie de cerco para su libertad. La relación entre el alumno y las instituciones (y, dentro de instituciones, vamos a incluir no sólo a los centros de enseñanzas, sino también a los padres y a la sociedad, pues es también deber de ellos transmitirles la cultura y la formación humana) le obliga a formarse de manera que acepte y haga suya la visión del mundo y los valores que le rodean, le obliga a estudiar tal o cual asignatura y a fijarse unas metas, y poco importa aquí el verdadero sentido de la educación como tal, sino lo que uno llegue a alcanzar mediante ella. Esta presión educativa, por llamarla de alguna forma, suele provocar el efecto contrario al esperado ya que, lejos de decidir por sí mismo, el niño se ve sometido a unas normas sociales y ve el sistema como una imposición. Su

discrepancia ante esto puede verse reflejado en la rebeldía del adolescente ante sus profesores o en la falta de atención y motivación en clase. Y esta forma de entender la educación nos desvincula completamente del verdadero objetivo de la disciplina, alejando tanto al educador como al estudiante del camino del aprendizaje por el que ambos deberían transitar unidos. El maestro llega a clase a impartir su asignatura porque ese es su trabajo, y el alumno está en clase porque esa es su obligación, mientras que las horas lectivas se desaprovechan porque no existe la más mínima predisposición por ninguna de las dos partes, lo cual resulta una falta de respeto hacia el objetivo de la propia disciplina.

Ante esta realidad, corresponde al profesor hacer honor de su puesto como educador, valorando tal posición, así como buscar el método apropiado para encauzar los flujos de interés de los alumnos y ayudarlos a cultivar la concentración para que la adquisición de conocimientos sea más fácil. En este sentido, la motivación juega un papel fundamental. No sólo es importante hacer de cada clase un momento ameno, dinámico, activo y participativo, sino que sería muy productivo que el profesor se interesara por las motivaciones de sus alumnos y las apreciara, enriqueciendo así las relaciones entre el alumno y el método. En el proceso de enseñanza se suele otorgar más importancia a los conocimientos y a la pedagogía, mientras que los medios utilizados se conciben más en función de su relación con el contenido de la enseñanza que con el destinatario de la misma. No obstante, conviene tener en cuenta la opinión, los gustos y la sensibilidad de los alumnos. Que un profesor esté atento a estos agentes asegurará una mayor eficacia en sus enseñanzas. Si pretendemos interesar y atraer, ¿cómo no dedicar más atención a la elaboración de un material adecuado? El alumno espera del método lo que la televisión le da cada día, de ahí la importancia que se le concede a las actividades relacionadas con los medios audiovisuales, ya que la imagen y el sonido despiertan en el alumno aspectos emotivos y afectivos que recargan su motivación como si de una batería se tratara. La utilización del sonido y la imagen no tiene como fin agrandar al alumno, sino lograr los objetivos de contenido. Ahora bien, no son éstos los únicos medios existentes para tal fin. Puesto que la motivación depende en gran medida del profesor, la relación que éste mantenga con sus alumnos condicionará irremediamente el proceso de aprendizaje de los estudiantes, de manera que dicha relación se convierte en otro recurso educativo.

Un maestro puede ser una herramienta muy eficaz si se emplea correctamente. Para empezar, no hay que ver al profesor únicamente como instrumento al servicio del sistema educativo, sino al servicio de la educación como tal, al servicio de las necesidades del niño (en conjunción con los padres y la sociedad). Cuando se trata de enseñar, el maestro adecuado, el alumno adecuado, las instrucciones adecuadas, las condiciones adecuadas y la práctica adecuada se armonizan para dar lugar al resultado adecuado. Claro que, expuesto así, parece muy fácil a simple vista. No vamos a negar que la función del docente es una tarea ardua que conlleva una difícil implicación y un mérito poco estimado, tanto por los alumnos, que jamás sitúan a su maestro en el lugar que le corresponde, como por los propios académicos, que desvirtúan su oficio al descuidar la máxima que les compete y que es decisiva para el desarrollo intelectual, personal y vital del alumno: encaminarlo hacia la evolución personal. De aquí se deduce la importancia que la presencia del maestro va a tener en la vida del estudiante. Si bien, la relación maestro-alumno cuenta con un hándicap enorme: al ser el profesor un mero intermediario entre el sistema educativo y el alumno, los lazos afectivos se encuentran muy difuminados. Esta relación está condicionada por el estatus que ocupa el profesor, el cual hace abuso de autoridad y, desde su posición de “aquí quien manda soy yo”, impide un acercamiento más íntimo y personal con el alumno. El abuso de poder es un condicionante nocivo a la

hora de transmitir los conocimientos, ya que puede provocar diversas reacciones negativas por parte de los estudiantes: rechazo, intimidación, frustración... Eso por un lado. Cuando no, nos encontramos con la postura inversa: el profesor que perdió la pasión por su trabajo hace mucho tiempo y va a la deriva, arrastrando con su apatía la evolución educativa del estudiante. Así, el hecho de que un profesor sea más o menos aceptado por el estudiante va a tener sus repercusiones en el proceso de aprendizaje. Si al alumno le gusta el profesor, ambos cuentan con una gran ventaja: el profesor gozará de respeto y el estudiante encontrará motivación. Que el maestro sea feo o guapo, más o menos sociable, eso no importa. Lo que hace crecer al alumno es la línea de transmisión que mantienen, la corriente de experiencia que el maestro transmite. Además, es importante que el alumno vea en el maestro a un ser superior, situado en otro nivel; de no ser así, no aprenderá. Para el alumno, el profesor representa la sociedad, ya que su papel implica llevar a cabo el proceso de enculturación (inculcarles las mismas maneras de ser y de pensar que sus mayores), y también a él le concierne la elección del método, por lo que se sitúa como el único responsable del resultado final en el proceso de aprendizaje. Si el alumno considera que el maestro no sabe nada, no aprenderá, nada le llamará la atención, no escuchará, no pensará, no hará uso de los métodos y no se beneficiará de ellos. Por tanto, desde el clímax donde el sistema educativo lo ubica, puede caer en una sola hora de clase si los alumnos no creen en él y no encuentran motivación. En cambio, activar las motivaciones y la participación del alumno puede proporcionarle al profesor la llave del éxito y el medio para transformar la vida del estudiante. Esto evoca las palabras de John Ruskin: "Educar a un niño no es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía".

Pero, ¿qué ocurre una vez que se ha logrado captar la atención del alumnado? Aquí entramos de lleno en el kit de la cuestión.

Antes de empezar el curso escolar y lanzarse sin más por el camino de la enseñanza, conviene llevar a cabo un ritual tan sencillo como es la presentación, abrirse desde un principio al alumnado y lograr la misma predisposición por parte de ellos. Durante esta fase de presentación, tanto el profesor como el grupo están el punto de mira de la posición contraria, es decir, el profesor observará detenidamente a cada uno de sus alumnos y éstos harán lo mismo mientras el docente trata de crear un ambiente cálido y amistoso. Es muy fácil llegar y comenzar la lección; lo complicado es ganarse desde el primer día el respeto y la confianza de los estudiantes, lo cual supone un paso importante para captar su atención y empezar a activar la motivación. Por otra parte, hay que tener en cuenta que los alumnos se aburren rápidamente si no se les da cada día su dosis de motivación, y el aburrimiento conlleva una inevitable falta de atención y de concentración y, casi siempre (como se ha podido ver en la anécdota introductoria), una falta de respeto hacia el resto de la clase. Una vez captada la atención, hay que mantenerla. En esta línea, un modelo a seguir lo constituye el Budismo como disciplina, en tanto que tiene como base cultivar la concentración y ayudar al alumno a buscar su verdad por su propia experiencia, lo que equivaldría a encontrar el camino del aprendizaje desde su interior. Esto implica varias cosas: los conocimientos aprendidos adquieren un valor tan significativo que formarán parte de su forma de vida, y el grado de respeto y admiración que alcanza la relación maestro-alumno es insuperable.

En las enseñanzas budistas, el alumno aprende desde pequeño. La disciplina se les enseña desde que tienen uso de razón. La holgazanería y la apatía son síntomas de debilidad, por lo que se les enseña a estar siempre en presencia y en contacto, completamente despiertos, en el sitio, que no se

evadan, pues no se puede esperar un buen aprendizaje si no se cultiva la atención y la concentración. Sin ellas, los alumnos no aprenden realmente lo que se les está enseñando. El Budismo les enseña que es difícil escuchar y aprender mientras nuestra mente no deja de hablar. No podemos encontrarnos en una posición cómoda, alerta y receptiva para dejar paso a la entrada de conocimientos si nuestra mente está ocupada con otros pensamientos al mismo tiempo. Cuando eso ocurre, todo lo que oímos (que, al estar distraídos, serán partes sueltas y desconectadas) debe pasar por una oscura y densa red que puede distorsionar el mensaje y, ante el esfuerzo que supone mantener la concentración, el alumno opta por la falta de atención, dejando que los pensamientos divaguen libremente por su mente en lugar de afianzarlos sensatamente.

El ser un maestro capacitado, apto para guiar con eficacia a los estudiantes y su concentración, va mucho más allá de la perfección intelectual y del estatus académico en que se apoyan los docentes occidentales. Lo cierto es que, en las sociedades occidentales, el sistema educativo no cuenta con un método que permita al alumno madurar y evolucionar en los niveles más profundos del conocimiento, que va más allá de lo conceptual y del desarrollo intelectual. Con todos los respetos que el oficio del educador merece, no podemos obviar que, entre el amasijo de responsabilidades que conciernen al profesor, se puede vislumbrar en numerosas ocasiones lo que parece ser, a simple vista, una figura con intención de enseñar, que llega una mañana a clase y le dice a los alumnos: “abran ustedes el libro por la página treinta y dos”, así, sin más, y, con la autoridad que le otorga el estar sentado tras su mesa personal, de frente a unos veinticinco semblantes aburridos que esperan incansables el placer gratuito de salir de la monotonía, se limita a hacer una desnuda lectura del contenido en cuestión para acabar señalando que la próxima semana hará un examen de lo que acaba de leer. Dicha autoridad envuelve a esta figura hasta el punto de que nubla su ángulo de visión y no le permite ver que los veinticinco semblantes aburridos se tornan indignados y se preguntan, sin ser conscientes de la propia interrogación, por el “docere et delectare” que ya propusiera tan sabiamente Don Juan Manuel.

Bajo esta realidad, emergen otros métodos educacionales que sobrepasan los límites de las relaciones entre maestros y alumnos y de las páginas de los libros para ahondar en el desarrollo humano de las personas y que, fuera de ser un simple proceso de aprendizaje, se consideran una forma de vida sumamente enriquecedora.

Así, el Budismo converge con la educación desde un punto de vista diferente, donde la figura del maestro budista es más importante que la del propio Dios (si lo tuvieran). Un alumno educado en la tradición budista siente gran admiración y respeto hacia su maestro. En cambio, en Occidente, la falta de respeto se queda corta para las desgracias que se suceden en las aulas. No hay más que recordar los casos de agresión a profesores, o los abusos a menores en los centros educativos. Para qué decir más. Tanto la violencia de alumnos a profesores como a la inversa nos corrobora la falta de tolerancia y de disciplina.

Si continuamos por esta línea, la de la falta de respeto, tenemos que admitir, como se ha dicho antes, que se da en ambas partes. En el caso de los maestros, tienen que respetar al alumno en la misma medida en que exigen que se les respete a ellos. El alumno debe ser considerado el centro de la clase, valorando por fin en su justa medida el papel del aprendiz. Pero el abuso de autoridad actúa como intermediario y el profesor siempre trata de imponer en lugar de proponer; pecando de

subestimación e infravaloración hacia sus discípulos. Las amenazas y castigos no sirven para nada cuando el alumno se siente obligado y no encuentra aliciente. Sin embargo, las enseñanzas budistas otorgan mayor libertad de elección. Un claro ejemplo lo tenemos en la dicotomía bien/mal, que tan presente está en nuestras vidas. En el Budismo no existe tal separación. Se intenta así que los alumnos investiguen por sí mismos y por su propia experiencia, que sean ellos mismos los que se planteen de manera reflexiva si lo que hacen está bien o mal, pero no basándose en la moralidad, sino partiendo de la ley de causa-efecto. De esta manera se logra que el alumno actúe siempre en consecuencia, siendo el único responsable de su propia vida. Si nos remontamos a la anécdota del principio, la posición del maestro budista es un reflejo de lo que acabamos de mencionar. El papel del profesor puede variar según las circunstancias, pero nunca deja de ser un testigo activo de lo que ocurre en clase. Es decir, el no inmiscuirse en los acontecimientos no significa en absoluto despreocupación, sino todo lo contrario. Y, de igual forma, no es una solución a tener siempre en cuenta y mucho menos, la única. Es una solución tan válida como cualquier otra. El no actuar no significa estar impasible, puesto que precisamente es otra forma de actuar, aunque todo depende de las circunstancias. Es cierto que el hecho de mantenerse imperturbable, centrado, sin identificarse con fluctuaciones mentales, puede evitar romper la cadena de causa y efecto a la que el alumno se ve conducido por causas externas, logrando que éste llegue a tener más conciencia y responsabilidad del momento y de sus actos. Pero también es cierto que el profesor cuenta con una autoridad a la que ha de hacer respetar y no ser indulgente siempre. En ocasiones tendrá que expulsar a un alumno del aula sin remordimientos y con la misma facilidad con que elige no inmiscuirse.

En este caso concreto, un autoritarismo intruso puede provocar reacciones negativas por parte del alumnado y perjudicar gravemente las indispensables relaciones con el profesor. Estar a la espera, observando en silencio, es una forma de actuar y transmitir conocimientos, ya que permite al alumno reflexionar sobre las posibles consecuencias que conlleva el hecho de golpear a un compañero y le ayuda a escoger el camino adecuado por sí mismo, con todo lo que ello supone. Si lo hubiera golpeado, por la ley de causa-efecto habría sido expulsado del centro pero, al pensar en este resultado, el estudiante decidió no agredir al otro, siendo responsable de su propia elección. Si el maestro budista hubiera intervenido, el alumno nunca habría tenido opción, el resultado vendría impuesto por el sistema educativo, siendo, tanto el uno como el otro, un subordinado a las normas, ignorantes siempre de su propia capacidad de elección y de actuación. Mientras que el ambiente indisciplinado retrató psicológicamente a todo el alumnado, permitir elegir al alumno fue la carta de presentación del maestro budista.

En cuanto a la parte que concierne a los estudiantes, éstos deben aportar madurez a la relación maestro-alumno (ya que son parte integrante del proceso de aprendizaje), así como contar con una mente crítica y el afán de aprender para el beneficio de otros. Si el alumno observa bien al maestro, puede llegar a comprenderlo y absorber de él muchas de sus cualidades. Pero la buena voluntad de los buenos alumnos no es suficiente. Es esencial que el maestro sea digno y sólido, que esté instruido antes de pretender instruir a otros. Si lo que se pretende es enseñar el camino, uno debe transitar primero por ese camino, ya que no se puede formar a otros si uno no se ha formado a sí mismo.

También el estudiante tiene que observarse a sí mismo mientras aprende, debiendo estar abierto a las enseñanzas y no dejar que éstas se derramen o se olviden. El conocimiento intelectual no es suficiente aquí, sino que cobra gran importancia la capacidad de canalizarlo y utilizarlo.

Si existiera un diálogo revelador entre alumno y maestro que contuviera las claves necesarias para apoyarse mutuamente en el camino del aprendizaje, sería este:

**ALUMNO:** No fuerces jamás a los demás a adoptar tus puntos de vista, sean estos los que sean, ni utilices para ello la autoridad o la amenaza, sino más bien, la disciplina.

**MAESTRO:** Nunca pienses que el conocimiento que ahora posees es inmutable y absolutamente verdad. Evita ser intolerante o estar limitado a tus opiniones presentes. Aprende y ejercítate en no estar aferrado a ellas para que puedas estar abierto a recibir de los demás. La verdad se fundamenta en la vida, no sólo en el conocimiento conceptual. Usar el entendimiento intelectual para encontrar tu verdadera naturaleza es como esperar que el hambriento satisfaga su hambre con el retrato de una banana. La enseñanza del Zen no es así. La enseñanza del Zen dice: “abre tu boca. Aquí está la banana. Ahora ¡aliméntate! (Zen Master Seung Sahn).

Finalmente, cabe mencionar otro de los principios budistas que contribuyen sabiamente a la formación humana: el aferrarnos a nuestros deseos y sentimientos nos hace esclavos de ellos, reafirmando nuestro ego y oscureciendo el camino de nuestra evolución personal. La disciplina budista enseña al alumno a desasirse de sus corrientes mentales, que tanto le condicionan para bien o para mal. Ayudar al alumno a desapegarse de su mente y de su ego produce una expansión de la consciencia, lo cual conduce a un autoconocimiento de sí mismo y, por tanto, de los demás. Esto nos lleva a entender, según las enseñanzas budistas, la interconexión de todas las cosas, por lo que se puede hablar de una mayor tolerancia para con sus compañeros y con el propio profesor. Entrarían en juego aquí los contenidos de los llamados temas transversales (una educación en valores que se debe fomentar desde el aula). Además, cultivar la interdependencia de las cosas produce mayor consciencia. Así, comprendemos que no existe una línea divisoria clara entre los seres, tanto en un plano físico como sutil (sin olvidar que el plano físico no es más que energía en forma de onda), y es el ego (aquello que nos hace creer que somos individuales) el que nos provoca la creencia ilusoria de particularidad, que se mantiene firme por el aferramiento a su existencia (es decir, al yo).

Para terminar, dejaremos en el aire un kohán que invite a reflexionar: Buscad la libertad y os encontrareis siendo esclavos de vuestros deseos; buscad la disciplina y encontrareis libertad.

Para el hombre occidental, estos proverbios, refranes y kohanes (preguntas y acertijos sin respuesta aparente) puede ayudarle a comprender mejor la cultura oriental; para el hombre oriental, se trata de palabras que le ayudan a resolver problemas de toda índole, a ver la vida de otra manera y, por supuesto, a educar a otros y a uno mismo. Son profundas creencias y verdades dictadas por la experiencia y la sabiduría, y a ellas recurren continuamente para progresar por el camino de la vida. ●

### **Bibliografía**

- Albertario, A. y Feslifenian, F.: Proverbios chinos para meditar, Barcelona, editorial De Vecchi, 2003.
- Boletín Oficial de la Junta de Andalucía, Decreto 231/2007.
- Dykstra Ingrid: El alma conoce el camino, Barcelona, ediciones obelisco, 2007
- Martín Molina, Francisco Javier: El libro de las mil mejores frases, Madrid, Pearson Alhambra, 2006.
- Taisen Deshmaru: Autobiografía de un monje zen